

## Un país con hambre P. 2

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Lo han dicho muchos, lo han ratificado estadísticamente las organizaciones internacionales respectivas y ahora lo proclaman los ingenieros agrónomos peruanos como conclusión de su última asamblea general extraordinaria. ¿Cuál es el aserto? En su simpleza es espantoso: el Perú es uno de los países peor alimentados del mundo. En efecto, en la relación de este drama, en escala mundial, a nuestro país sólo le va a la zaga la India. No es, pues, una posición que enorgullezca. Es, al contrario, algo para ponerse a trabajar hasta el desfallecimiento o para echarse a llorar. No, por cierto, como sucede con nuestro gobierno — con nuestros gobiernos — para transcurrir indiferente, entregado a la politiquería y el quehacer sin trascendencia. Invito a mis lectores reflexionar: en tanto una parte de la población, la gente de las ciudades, y entre ella, la gente de las ciudades que posee una situación económica y social estable, tiene un nivel de vida y, por ende, de alimentación normal y hasta superior a lo normal, la inmensa mayoría padece eso que Josué de Castro ha llamado "el hambre gris".

Son víctimas de ese mal económico quienes no obstante echarse algo al estómago carecen de una dieta que permita sustentar la vida en su elemental vigor. Lo que ingieren es un bulto, un sustituto, un parcial reemplazo de los valores orgánicos y químicos que constituyen la nutrición efectiva. Hambre crónica, se le suele también denominar. En verdad, las expresiones técnicas son eufemísticas. Al fenómeno se le podría nombrar muerte a secas, muerte lenta y terrible. No exagero. No exageran los ingenieros agrónomos que valientemente han tomado el toro por las astas: "El Perú muestra —afirman— uno de los más bajos índices alimenticios del mundo, tanto en razón de su ínfima relación hombre-tierra, de 6 habitantes por ha., como por los bajos rendimientos obtenidos". Y añaden: "Confronta permanentemente la deficiente producción de alimentos básicos y se ve obligado a importar cada año productos alimenticios por valor de más de mil millones de soles, situación que se agudizará en los próximos años debido a nuestro elevado crecimiento demográfico de 2.8% anual, sin que el Estado haya previsto debidamente sus consecuencias". Es decir, hay patético hambre. Y habrá más aún. A eso ya se le llama, en buen romance, hambruna.

Acerca del crecimiento demográfico y el déficit de tierras cultivadas con fines alimenticios se ha escrito mucho. José Luis Bustamante y Rivero ha dado, entre nosotros, una oportuna y, sin embargo, desoída voz de alerta. Los gobernantes siguen hablando de "libre empresa", de "problemas monetarios", de "milagro alemán", etc. Sus panegiristas de la prensa oficial les hace el alegre y disciplinado coro. Y el hambre reina, el hambre liberal que los editoriales de "La Prensa", por virtud de los elogios que entonan a la política Prado-Beltrán, fomentan, vaya uno a saber si consciente o inconscientemente. La cosa, sin embargo, es obvia: al entrar a Lima por avión — y es observación de un extranjero — no se ve, como en la mayoría de las ciudades del mundo, las chacras y huertas que dan de comer a los habitantes. Se ven cultivos industriales, para la exportación. He ahí la tarjeta de presentación del hambre peruano.

Pregunto desolado: ¿se puede llamar "estado de derecho" al status que deja reinar el hambre? ¿La justicia nada tiene que ver con el derecho?